

EL NUEVO MUNDO: CINCO SIGLOS DE EQUIVOCO EN LA NOMINACION DE UN CONTINENTE

por el prof. PEDRO GODOY

De la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile

*Tierra mía sin nombre, sin América
estambre equinoccial, lanza de púrpura,
tu aroma me trepó por las raíces
hasta la copa que bebía, hasta la más delgada
palabra aún no nacida de mi boca.*

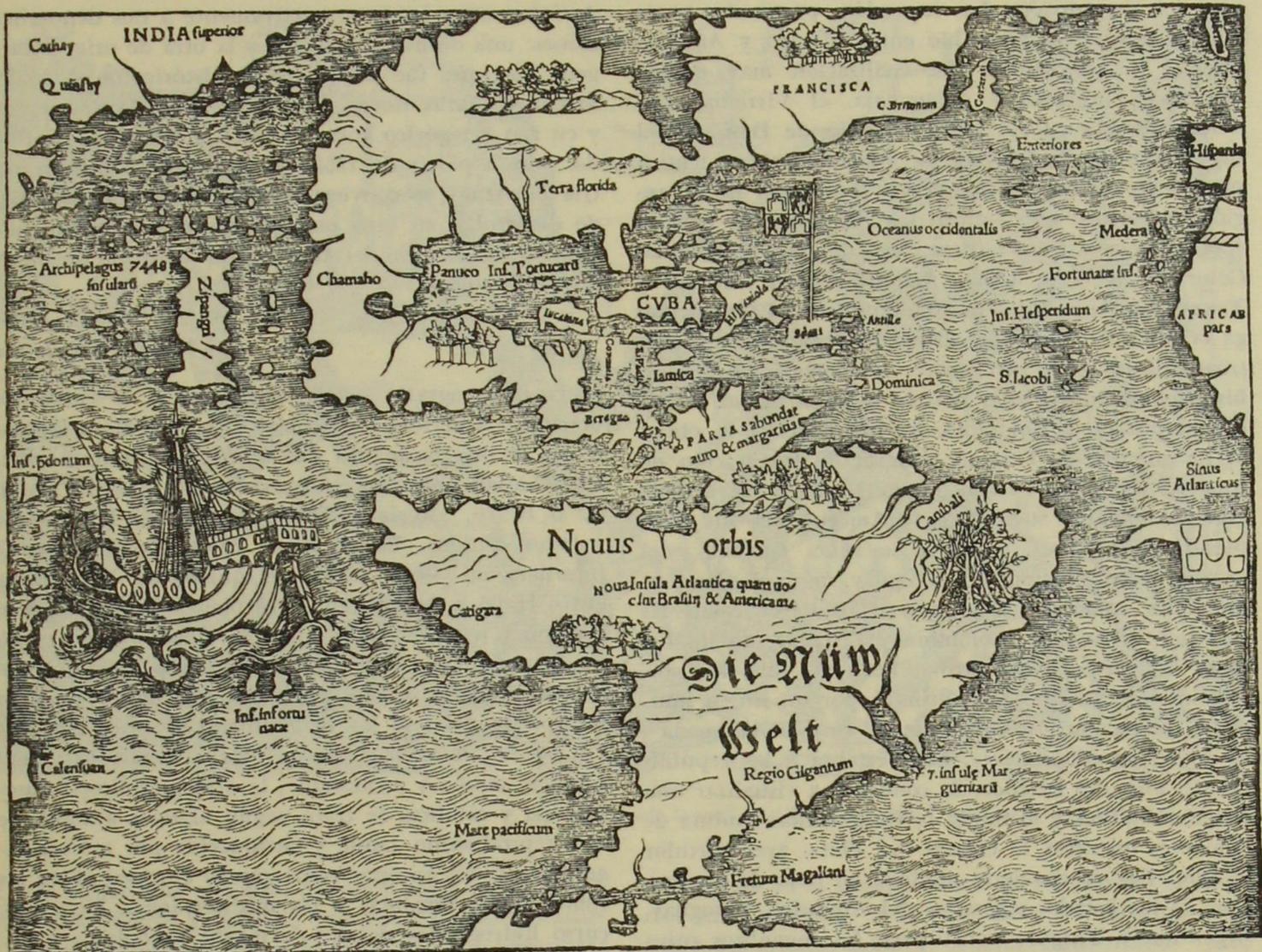
PABLO NERUDA

El Nuevo Mundo se incorporó a la historia bajo el signo del equívoco. Fue descubierto por Cristóbal Colón, ilustre aventurero de nacionalidad desconocida al servicio de la corona de Castilla. Este personaje legendario, suspendido entre la feudalidad y el renacimiento, poseía por finalidad la apertura de una ruta nueva al Oriente, emporio de especias, seda, té, pedrería, porcelana y otras mercancías suntuarias que apetecía la Europa moderna. Sostuvo con porfía haber recalado en Japón y China (Cipango y Catay, según la geografía de la época). Luego otras expediciones, particularmente la de Hernando de Magallanes, prueban que se trata de un continente distinto, separado de Asia por un ancho océano. Esta fue una novedad para los atónitos europeos. Los conquistadores se combinan con los navegantes, comenzándose así a conocer, cada vez menos imprecisamente, los contornos de este suelo. "Terra nova" o "Terra incognita" se le denomina en los portulanos de los cartógrafos itálicos. Américo Vespuccio, es autor de uno muy consultado. Este detalle explica otro equívoco que perdurará: al continente se le bautiza "América". Tal nombre no es aun de uso oficial y España prefiere continuar aludiendo a las Indias, insistiendo así en el error. A veces se expresa "Indias occidentales" a fin de diferenciarla de ese Extremo Oriente de fábula controlado comercialmente por los rivales lusitanos. A los habitantes autóctonos se les apoda "indios" y tan mayúsculo yerro subsiste aun hoy. Más tarde se generaliza la denominación "América" y así, al equívoco, se une la injusticia, porque tal nombre honra a un florentino cuya vida y obra no guarda relación con la hazañosa proeza de surcar el Atlántico y la buena fortuna de descubrir un continente. Al "almirante de la mar oceana" se le sepulta en el olvido y sólo trescientos años más tarde una novel república lo glorificará autonominándose Colombia.

América o Américas

En singular es posible referirse a América si aludimos, indiscriminadamente, a la totalidad de la masa territorial que, flanqueaba al este por el Atlántico y al oeste por el Pacífico, se extiende de Punta Barrow al Cabo de Hornos. Se trata de un continente soberanamente aislado que cubre el hemisferio occidental. Mientras Asia, Europa y Africa (a pesar de Lesseps) constituyen un solo bloque, América es una isla gigante de 42 millones de km². No obstante, Arciniegas, observando que la sesquicentenaria balcanización aún subsiste al sur de río Grande, sostiene que es un archipiélago. Pero en lo físico —lateral longitudinalmente— (a pesar de la fisura istmeña) es compacta. Y por su insular condición se le parecen Oceanía y Antártida, aunque en superficie son muy inferiores.

Posee armoniosa morfología femenina. Canadá y Estados Unidos pareciera que constituyen su robusto pecho. México y Centroamérica su delgada cintura. La Amazonia sus redondas caderas. El cono sur sus esbeltas piernas. Una cadena casi ininterrumpida de colosales montañas como centinelas se alinean de Alaska a la Patagonia. Se sumergen luego bajo el gélido paso que fusiona las aguas de tres océanos, para reaparecer con coraza de hielo y corona de fuego en la Antártida. La empalizada inexpugnable —de los Brooks a los Antartandes, pasando por los Rocosos, la Sierra Madre y los Andes— se yergue cual magnífico rompeolas para prevenir cualquier furia desmedida del océano cuyo nombre es otra paradoja americana. Al oeste, el suelo se inclina, convirtiéndose luego en mullida y amplia alfombra hasta los bordes del Atlántico. En abanico se abren planicies de ancho horizonte: praderas, llanos, selvas y pampas que constituyen las ubérrimas Canaán del Nuevo Mundo. Sin embargo, no todo el panorama lo cubren picachos nevados y verdura agrícola o agreste, también exhibiendo su arenosa calva, como cánceres geológicos, están los desiertos. El de Colorado, de Sechura o de Atacama —fragmentos de paisaje lunar— si bien inferiores en superficie al Sahara, al Kalahari o al Gobi, compiten con éstos en tétrica belleza. El cuerpo continental está irrigado por arterias fluviales



Mapa del Nuevo Mundo en la *Cosmographia* de Sebastián Munster (s. XVI)

imponentes como el Mackenzie, el Misisipi-Misuri, el Orinoco, el Amazonas o el Plata. Las vejigas lacustres, verdaderos mares interiores, son de una magnitud apropiada a la superficie. Anotemos el Oso, el Superior, el Nicaragua, el Maracaibo, el Titicaca y el Buenos Aires. Cataratas rugientes, que ahora comienzan a convertirse en dóciles productoras de fluido eléctrico, decoran el paisaje. El Angel, con sus mil metros, bate el record de altura y el Sete Quedas alcanza el máximo mundial de metros cúbicos por segundo. Luego el Niágara, el Tequendama, el Iguazú y el Laja, entre otras. Al occidente, el litoral es abrupto, menudeando los acantilados, mientras brillan por su ausencia puertos naturales abrigados. Al oriente —en el área caribeña— la manigua se introduce en el mar en un vegetal abrazo entre el fértil suelo y el océano de la epopeya colombina. Al norte y al sur seguras y salubres bahías están abiertas a activo tráfico con el Viejo Mundo. Guanabara, risueño umbral portuario de Río de Janeiro, es —sin duda— la

que, en materia de belleza, conquista las palmas de la victoria.

En virtud a sus rasgos físicos se distinguen cuatro Américas: Norteamérica o América del Norte que incluye a Canadá, Estados Unidos y México. Centroamérica o América Central que involucra a los cinco minipaíses (Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Honduras y Costa Rica) apodados con menosprecio “the banana’s republics” en función de la monocultura generada por “Mamita Yunai”. Pero su denominación legítima usual es “provincias morazánicas” en homenaje a Francisco Morazán. Este caudillo intentó, en el siglo pasado, evitar el fraccionamiento fundando la Federación que Juan José Arévalo propone bautizar “Istmania”. Los mexicanos, para evitar su inclusión en Norteamérica y estimando estrecha la denominación “Centroamérica” comienzan a preferir una tercera: Mesoamérica, para sentirse insertos en una misma área con sus cinco hermanas morenas y evitar una convivencia, un tanto a contrapelo, con los dos rubios veci-

nos del septentrión. La expresión propuesta posee asidero porque el ensamble entre México y América Central es remotísimo. La civilización maya-quiché abarcaba Yucatanía y Guatemala, el Virreinato de Nueva España cubrió hasta el golfo de Darién y el fugaz imperio de Iturbide se extiende sobre idéntica superficie, intentando mantener la unidad de la región. Superficie que —dicho sea de paso— en aquella época poseía casi dos millones más de km² (California, Colorado, Nevada, Uta, Arizona, Nueva México y Texas) hoy bajo bandera estadounidense. Panamá juega la carta del excepcionalismo. Geográficamente centroamericana o, si se quiere, mesoamericana, en lo histórico es bolivariana, porque se trata de un miembro amputado a Colombia. No pertenece a la ODECA ni ha suscrito el Tratado General de Integración de América Central. Tampoco está ligada a la alianza gran-colombiana. Sudamérica o América del Sur comprende diez países (once si se suma Guyana) del enorme Brasil al diminuto Uruguay, más colonias continentales como las Guayanas e insulares como las Malvinas. Venezuela, Colombia y Ecuador son los Estados bolivarianos. Argentina, Perú y Chile, los santmartinianos, aunque este último —por un litigio limítrofe— no enaltezca lo suficiente al “santo de la espada”. El Ande, paradójicamente, hoy vertebrata a las repúblicas del área del Pacífico. Se comienza a visualizar una América andina y se funda la Corporación Andina de Fomento, mientras la cuenca del Plata, ayer surtidor de querellas, se convierte también en polo de integración de los Estados ribereños del Atlántico. Paraguay, Argentina y Uruguay constituyen los miembros principales de la América platense de fluvialísima raíz y virreinal abolengo. Brasil, aunque dubitativo, se adscribe al subbloque. Y Bolivia —víscera cordial del continente y no riñón suelto de América como afirmara Emilio Rodríguez Mendoza— que debe su fundación y aun su nombre a Bolívar, supera su “embreñamiento” ligándose a ambas empresas integradoras. Fundamentos para ello le sobran: el Altiplano geográfica e históricamente es tributario del Pacífico y el Oriente, del Plata y, por ende, del Atlántico. El enclaustramiento asfixiante que ha soportado este país y también el Paraguay, a causa de diplomacias cainitas, pareciera que está en vías de cancelarse. Agreguemos que Sudamérica se prolonga más allá del mar de Drake, cubriendo un triángulo apreciable del casquete polar. Por último —last but not least— Insuamérica o América Insular que implica Cuba, Haití, Dominicana y Puerto Rico —“socio asociado en sociedad”— junto con otras tres islas que acaban de emanciparse: Trinidad, Tobago y Jamaica, amén de varios archipiélagos, aún en condición de colonias. “América antillana” la denominó Eugenio María de Hostos y “América caribe”, Germán

Arciniegas, apelando respectivamente a dos denominaciones: una de linaje helénico y la otra de origen indígena con que fue bautizado el histórico mar de los Sargazos. “Cuba no es una isla” afirma Waldo Frank y en tan categórico yerro subyace una verdad profunda, pues a partir de 1959 —quierámoslo o no— la patria de Atuey se convierte, según el modelo socialista de desarrollo, en otro polo de integración, perdiendo aquel revuelto jirón del Atlántico su condición de “mare nostrum yanqui”.

Lo “wasp” y lo latino

Si la fisiogeografía señala, básicamente, la existencia de cuatro Américas, las ciencias sociales indican la existencia de dos: la ánglica y la latina. La frontera actual entre ambos universos étnicos-culturales es el río Grande o Bravo, arteria fluvial que separa a México de Estados Unidos. Es el único límite auténticamente internacional —con excepción quizás de la frontera entre Haití y Dominicana. Los otros son simples convenciones políticas edificadas con adobones de egoísmo y argamasa de prejuicios, para separar poblaciones de idéntico origen y unitario destino. “Fronteras interpresidenciales” las denomina con sorna Arévalo. El río en referencia separa dos civilizaciones: una nórdica, sajona y protestante, la otra meridional, luso-hispana y católica. Se trata, según algunos autores, de una reproducción tenue y enriquecida por nuevos ingredientes, del antiguo contrapunto europeo entre las comunidades nórdicas y las mediterráneas. No existe curso hidrográfico dotado de mayor simbología e importancia geopolítica que este río que, brotando de los pliegues de la Sierra Madre, va a desembocar al Caribe, y cuya trayectoria es utilizada como líquido hito entre Nuestra América y la Otra América, para emplear dos denominaciones martianas.

Hispanistas e iberistas

¿Con qué nombre bautizar a nuestra América? ¿Qué gentilicio dar a su caleidoscópica población dotada de una historia legendaria y de un aleatorio porvenir? Colectividad que —dicho sea de paso— está constituida por 250 millones de habitantes que el año 2000 —por efecto de la explosión demográfica— serán 600 millones.

Hay quienes —nuestro malogrado Jaime Eyzaguirre, entre otros— prefieren usar las voces “América hispánica” o “Hispanoamérica”, exaltando el legado español que es el factor que proporciona común urdimbre a nuestra civilización. Pero ambas denominaciones son objetadas por quienes, influidos aún por la leyenda negra, imaginan que secretamente portan, cual brutos fonéticos, un propósito de restauración imperial.



“Plantando la cruz en el Nuevo Mundo”, tema de este grabado del siglo xvi

Otros alegan que con ellas quedaría excluido el Brasil, país descubierto y poblado por Portugal. Los brasileños a su vez opinan que si se manejan esas expresiones se sentirían autorizados para nominar a su patria “América lusitana” o “Lusoamérica”. También se consideran excluidos los haitianos que no poseen ligazón alguna con la provincia del imperio romano que los cónsules bautizaron “Hispania”. Ellos, por el contrario, durante siglo y medio se consideraron un retoño transatlántico de Francia. Hoy, en cambio, su mandatario adhiere a la teoría de la negritud y considera a Dahomey la madre patria.

Las denominaciones propuestas por los hispanistas, aunque difusas en algunos países y oficiales en España, no encuentran unánime acogida. Otros han propuesto los nombres de “América ibérica” e “Iberoamérica” a fin de englobar a Brasil, pero Haití se mantendría fuera, porque como se sabe, es negro de raza y franco-africano de cultura. Con ambas se alude a la Península Ibérica, pero no faltan quienes manifiesten que españoles y portugueses, ni menos los pueblos del Nuevo Mundo fundados por éstos, poseen parentesco con los iberos, tribu prehistórica extinguida antes de la ocupación del país por las legiones de Roma.

Los héroes de la Independencia se referían a “la América antes española” y la administración colonial clasifica a los criollos como a “españoles americanos” para diferenciarlos de los españoles metropolitanos. También se empleó el gentilicio “indiano” para nominar al peninsular aquerenciado a este suelo. Aun hoy no es raro encontrar un hispanófilo entusiasta —Gabriela, por ejemplo— que hable de “América española”, no sin razón por supuesto. Y Rufino Blanco Fombona se atreve a aludir a una “España americana”.

La América sin apellido

Durante un prolongado lapso del siglo xix publicistas, políticos y escritores latinoamericanos —José Victorino Lastarria, entre otros— fascinados por el espectacular “despegue” de Estados Unidos y embaucados por la doctrina de Monroe hacían tabla rasa de las hondas divergencias de orígenes e intereses que separan a ambas Américas. Ocultando el antagonismo entre nuestra civilización y la que florece en Norteamérica, hablaban de “América”, de “americanos” y de “americanismo”, rechazando cualquier especificación. A veces para enfatizar aún más esta postura política anteponían a cada uno de los tres vocablos la partícula “pan”. Afirmaban, con candor, que el credo liberal y las instituciones de-

morrepublicanas hermanaban a los Estados Unidos con los Estados Desunidos. Este internacionalismo nutrido de astucia yanqui y de ingenuidad latinoamericana, cuando no de yaconazgo, benefició al fuerte y dañó al débil, fue herramienta de poderío y prosperidad para Yanquilandia y de vasallaje y subdesarrollo para nuestra América.

Contra la pueril idea de Panamérica que engendró el panamericanismo, surge Juan Zorrilla de San Martín quien sarcástico sostiene que el dios Pan es adverso a los latinoamericanos y demasiado simpático a los yanquis. José Martí distingue, tajante, dos Américas. La nuestra y la otra. Y José Enrique Rodó, en términos literarios, alude a una América rubia y a una América morena que identifica, respectivamente, con Calibán y con Ariel.

Otros nombres

Ricardo Rojas acuña la denominación "Eurindia" aludiendo así, en un mismo término, a las substancias europeas y autóctonas constitutivas del ser latinoamericano. Es preciso no confundirlo con "Amerindia" empleado para nominar al continente, de su remotísimo origen a 1492. Motivado por noble pasión integracionista Manuel Ugarte usa la expresión "Patria Grande". Fernando Diez de Medina opinando que lo definitorio de nuestra América es su meridionalidad con la gama de implicaciones telúricas y culturales que implica, sostiene que es preciso hablar de "Suramérica y de "América del Sur". Desde otro ángulo, el conde Keyserling, en *Meditaciones Suramericanas*, escribe que la primera impresión que tuvo lo condujo a bautizarla como "el continente de la tristeza nacido en el tercer día de la Creación". Con optimismo Luis Alberto Sánchez prefiere escribir que es "el continente de la esperanza". Ahora Raúl Prebisch ha manifestado que de no integrarse se podrá nominarla, con propiedad, "el continente de la frustración". Eduardo Frei se refiere a ella como a "un Occidente de tercera clase" y Carlos Naudón afirma que es "la proletaria de Occidente".

Rubén Darío al cantar "al continente que aun reza a Jesucristo y habla en español" manifiesta que es "la juventud del mundo". En el siglo XVI Bernardo de Valbuena en *Grandeza mexicana* coge la lira para escribir: "Indias del mundo, cielo de la tierra". La expresión Nuevo Mundo aunque optimista, porque lo joven implica posibilidad de futuro, contiene un retazo de equivocación, porque se impuso a un continente que albergaba civilizaciones de tanto abolengo como aquéllas del Viejo Mundo. Fue Pedro Mártir de Anglería quien en elegante latín utilizó la nominación "Orbe Novo" para informar a los círculos humanistas del Renacimiento el feliz hallazgo. Colón y sus epí-

gonos imaginaron que el Paraíso terrenal estaba en nuestra América. De allí en adelante se afirma la creencia que América es el Jardín del Edén de las Sagradas Escrituras. Para los renacentistas es el mundo saludable y primaveral de la Edad de Oro anunciado por la poesía clásica, frente a Europa que es el enfermo e invernal mundo de la Edad de Hierro. En nuestro tiempo Alfonso Reyes expresa que nuestra América es la Utopía y la bautiza, platonianamente; "la última Thule".

El indigenismo

A partir de 1910, como consecuencia de la revolución mexicana, se hizo patente un creciente interés artístico, literario, científico y también político por la población indígena que es el estrato más atrasado y vaporeado de la sociedad latinoamericana. Las repúblicas liberales fundadas en 1810, aunque se proclamaron herederas de aztecas, incas, muiscas o araucanos para legitimar el separatismo, de hecho se convierten en expoliadoras y, a menudo, en verdugas de las muchedumbres aborígenes. Ocurrió así lo increíble: la emancipación perjudicó en vez de beneficiar al indio. Desde México arranca una sostenida reacción conocida como indigenismo que irradia su influjo sobre el continente. En Perú contribuye a organizar la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), movimiento político que, entre otros postulados, poseía el de defender al pueblo indígena, llegando a sugerir la posibilidad de restaurar el Incanato. Su caudillo, Víctor Raúl Haya de la Torre, en su afán de exaltar lo acuñó el nombre "Indoamérica". No encontró eco, sino en círculos simpatizantes de su causa. Se le objetó que, al decir "América", ya se involucraba lo autóctono y, además se le criticaba, porque el problema indígena atañe sólo a Perú, Bolivia, Ecuador, Guatemala y México. En el resto esa población está absorbida por el mestizaje masivo o fue exterminada o constituye núcleos no representativos de la colectividad.

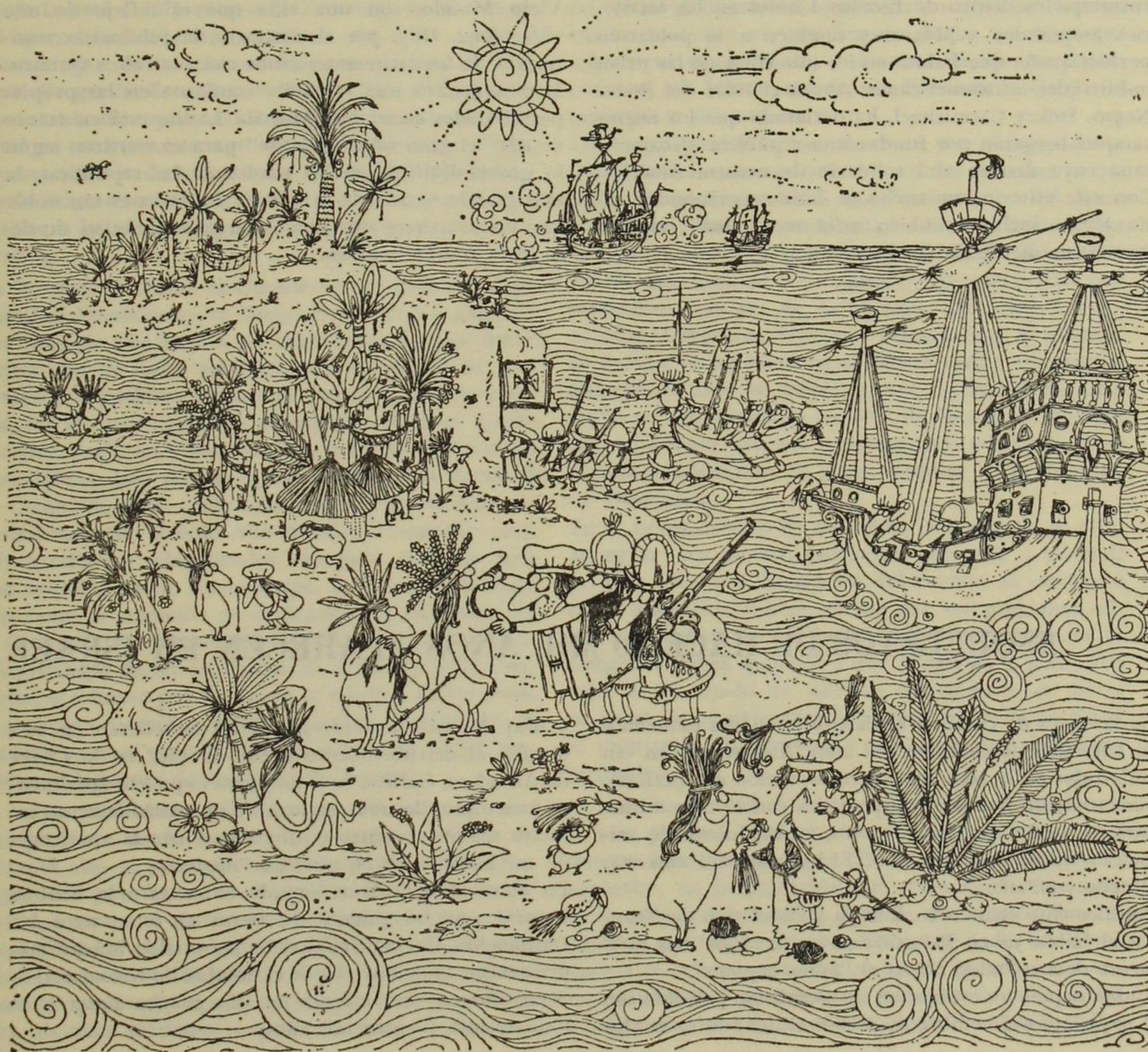
Latinidad o francolatría

A fines del siglo pasado por el influjo de Francia surgió la expresión América Latina. Es la época en que los franceses ante la emergente gravitación de Alemania y la hegemonía de Gran Bretaña se proclaman paladines de la latinidad. Para restablecer el equilibrio de poderes, roto por Bismarck, apelan no sólo a España, Portugal e Italia, sino también a todos los conglomerados de lengua castellana, portuguesa y francesa. La intelectualidad de nuestra América se nutrió de cultura gala, surgiendo una francofilia que aun hoy subsiste. En parte por admiración a Francia, cuna del liberalismo jacobino, y también por irracional desprecio a España se difundió la nominación ano-

tada. Ahora si no es la única, por lo menos se trata de la más usada. Aunque con un origen nada elogioso es la que se perfila como definitiva. No ocasiona resistencias y evita exclusiones. Con ella se alude a las razas de los europeos que poblaron las regiones ubicadas al sur del río Grande y no olvidemos que son neolatinos los idiomas hablados en ellas. Lo latino estaría relacionado, en consecuencia, con los ingredientes étnicos y culturales que, injertados en el tronco americano, determinaron la naturaleza y la fisonomía del continente. Además posee la ventaja de librarnos de aparecer ligados a una nación extranjera, pues no existe ninguna que hoy se denomine Latium, Lacio o Latina.

Curiosamente son los norteamericanos los que contribuyeron a imponer el nombre al referirse a "Latin America", para diferenciarla de "América", o sea, Estados Unidos. Concluyamos que, al fin de cuentas, son América Latina y Latinoamérica las denominaciones que se han impuesto. Con ella aludimos a un sector del Nuevo Mundo donde existe una civilización fundada por España y Portugal y enriquecida con substanciales aportes aborígenes, africanos y de grupos inmigrantes que, al avicindarse en su suelo generoso, están contribuyendo a plasmar "la raza cósmica", según la profecía vasconceliana. El gentilicio ya aceptado es "latinoamericano", aunque aun es difuso el empleo de aquel otro:

El descubrimiento de América, según el dibujante argentino Oski



"sudamericano" particularmente en Europa. En Estados Unidos —quizás si en homenaje a la brevedad— se usa "latino" con un dejo de desdén y un tanto de ignorancia, porque nuestra América y sus habitantes no guardan vinculación alguna con la Roma de la Antigüedad clásica. Por último, como respuesta al ambiguo "americanismo", al hipócrita "interamericanismo" y al "panamericanismo" de ingrata memoria, está el "latinoamericanismo". Con este "ismo" se alude a la teoría y la práctica integradora, es decir, el "nacionalismo continental", según la feliz expresión de Joaquín Edwards Bello.

Se incluye en América Latina a las colonias extranjeras que existen en el Istmo, en el Caribe y en el Atlántico Sur. Otros estiman latinoamericanos irredentos a la progenie de aquellos mexicanos que quedaron atrapados dentro de Estados Unidos en los territorios amputados a México y también a la población portorriqueña que habita en los suburbios de las urbes industriales norteamericanas. Ahora el líder del Poder Negro, Stokely Carmichael, ha declarado que los negros yanquis bregarán por fundar una república afroamericana cuyo destino será solidario de nuestra América. Con este criterio tan ancho de latinoamericanidad sería lógico incluir también a la secesionista minoría franco-canadiense de Quebec.

Estas especulaciones, tan audaces como interesantes, demuestran que nuestra América, al cabo de cinco siglos, no sólo encontró un nombre definitivo con su respectivo gentilicio, sino también comienza a sentirse propietaria de un peculiar destino. Y esto, lo sabemos, es clave para que una civilización pase de objeto a sujeto del proceso histórico. La masoquista autodenigración de los latinoamericanos concluye. Doscientos cincuenta millones de "hombres de maíz" comienzan a participar de la toma de conciencia del ser latinoamericano. El sesquicentenario descastamiento europeizante entra en menguante. Se produce el reencuentro con las fuentes primigenias. Pierde validez la opinión de Hegel en el sentido de que América no sería más que un eco del Viejo Mundo, con una vida que es reflejo de una vida ajena. Hoy, por el contrario, la jubilosa reconciliación de los latinoamericanos con sus raíces vernaculares engendra una creciente confianza en las propias posibilidades creadoras. América Latina está en trance de dar "el gran salto adelante" para convertirse, según lo quería Bolívar, en "la madre de las repúblicas, la más grande nación de la tierra". La tarea es tan noble que no se merece que demos un paso atrás, ni siquiera para tomar impulso.

ESQUELETOS DE HACE 40 MIL AÑOS APARECEN EN ISRAEL

En la cueva de Quafzeh se descubrieron dos esqueletos de hace más de cuarenta mil años. Ambos estaban tan embutidos en la roca que su conservación era perfecta, pero tuvieron que ser transportados con la roca misma para extraerlos. Se encontraron también huesos de animales e instrumentos de sílex. El hallazgo será aun examinado en París.

Posiblemente cuando en Europa vivía el tipo de Neandertal había ya en Palestina seres humanos más altamente desarrollados, afines al "homo sapiens".

Ambos esqueletos evidencian un asombroso parecido con el esqueleto del hombre moderno: el del adulto es alto

y muy robusto. Los investigadores se refieren en esta ocasión al descubrimiento hecho en 1962 en la Cueva de Amud, en Galilea. Se trata de un esqueleto igualmente masculino, de una estatura de aproximadamente un metro setenta y cuatro centímetros y con la apariencia de un hombre de Neandertal "moderno".

En el cercano Oriente —unido entonces a la Europa Central por un puente de tierra al estar secos los Dardanelos— la población debe haber sido mucho más diversa que la de hoy, donde el hombre de Neandertal se desarrolló en una especie de isla genética hasta hace unos treinta y cinco mil años.